

—Necesito saber cómo fue —le dice Mateo a su madre—. El episodio oscuro, quiero saber cómo fue exactamente.

—Te lo he contado mil veces —le responde ella.

Él mismo lo había bautizado así, *el episodio oscuro*, porque lo que ocurrió aquella vez fue dañino, pero también porque estaba sepultado bajo una montaña de verdades a medias. Lo peor de todo era su falta de recuerdos; aquello había ocurrido cuando él era demasiado pequeño para fijarlo en la memoria. Palos de ciego. Era una expresión que había escuchado por ahí. Así se sentía él, dando palos de ciego por entre una historia que no comprendía pero de la cual hacía parte y que lo atrapaba como una red.

—Dale, Lolé —dice Mateo, suavizando la voz y llamándola así, Lolé, como cuando era pequeño. Ahora prefiere decirle por su nombre de pila, Lorenza, y cuando se enfurece con ella le dice madre—. Dale, Lolé, cuéntame otra vez. Empecemos por lo del parque.

—Tú tenías dos años y medio. Era una tarde de jueves y tu padre, tú y yo estábamos en Bogotá, en el Parque de la Independencia.

—Y él tenía un suéter de lana grueso.

—Puede ser.

—En las fotos he visto que él usaba suéteres de lana gruesos.

—Suéteres no, pulóveres.

—Qué son pulóveres.

—Suéteres. Pero él decía así, pulóver. Los colombianos decimos suéter y los argentinos dicen pulóver. Ridículo, siendo en inglés ambas cosas.

—Lo que quiero saber es si también esa tarde, en el parque, él tenía puesto un pulóver de lana grueso.

—Quién sabe. Lo que sí recuerdo es que andaba de pelo largo. En Argentina tenía que llevarlo bien corto, la dictadura no toleraba mechudos. Pero al llegar a Colombia se lo dejó crecer. Si quieres saber cómo era tu padre, Mateo, mírate al espejo y ponte una docena de años más. Así era Ramón en ese entonces.

—No es cierto, yo no tengo los hombros anchos. Mi tío Patrick me contó que Ramón los tenía anchos.

—Dentro de poco los vas a tener así.

—Volvamos a esa tarde, en el parque.

—Vamos paseando Ramón y yo, y te llevamos de la mano. El cielo es de un color azul hortensia, como son los cielos de Bogotá cuando...

—No quiero saber cómo son los cielos de Bogotá —dice Mateo—. Quiero entender lo que pasó.

A veces Lorenza le dice a su hijo que lo más horrendo del episodio oscuro es que sucedió justamente cuando el horror estaba por terminar. Atrás iba quedando la dictadura argentina y Ramón y ella habían sobrevivido a la clandestinidad. Después de cinco años de militar juntos en la resistencia, se habían apartado del partido y habían abandonado el país, desconcertados como monjes que salieran del claustro y asomaran las narices al mundo de afuera. Para Lorenza, que era colombiana, el cambio no había sido tan difícil; al fin de cuentas el regreso a Bogotá le había permitido volver a estar entre su gente, en un mundo conocido al que se reintegró sin mucho drama.

En cambio Ramón, siendo argentino, quedó flotando en el aire. Le dio por detestar todo lo que lo rodeaba, encontró a la familia de ella aborreciblemente burguesa y empezó a verla a ella misma como a un ser desconocido que poco tenía que ver con la mujer de la que se había enamorado en Buenos Aires. Una vez rota la complicidad que los había unido durante la clandestinidad, se habían convertido en dos extraños.

—En Bogotá tu padre se me volvió invisible —le confiesa Lorenza a su hijo.

—Cómo, invisible. Nadie se vuelve invisible.

—Tal vez yo andaba demasiado ocupada contigo, con el trabajo, con la familia, a lo mejor conmigo misma. Además, suele suceder entre gente muy unida en tiempos de peligro. Pasa el peligro y descubren que sólo eso los unía. La cosa es que ya no hallaba lugar para tu padre. Haz de cuenta un abrigo muy pesado en pleno verano.

—Un pulóver de lana en pleno verano.

—No sabes qué hacer con eso, no pertenece a ese momento ni a ese lugar. Además Ramón tampoco ayudaba, porque empezó a comportarse de una manera, digamos, rara. No lograba entender de qué se trataba la vida fuera del partido. Pero era todavía más grave, creo que no lograba entender cómo se vive sin la dictadura, sin tener enfrente a un enemigo al que debes destruir para que no te destruya. Todo eso hizo que la convivencia se convirtiera en un malestar permanente, y nos separamos.

—Para, Lorenza. *¿Nos separamos? ¿Dices nos separamos* y sales del lío? Quién se separó. De quién fue la idea de separarse.

—Mía.

—Tú te querías separar.

—Sí.

—Y mi padre no quería.

—No. Él no quería.

—Eso es muy distinto a *nos separamos*.

—Yo había conseguido trabajo como periodista, y cuando me separé me fui contigo a vivir a casa de mi madre, mientras que Ramón se quedó en el apartamento que habíamos alquilado en el centro de la ciudad.

—Nosotros otra vez clase alta, y él todavía a lo pobre.

—No del todo: tú y yo en un cuarto de huéspedes, tu padre en su propio apartamento.

—Volvamos al parque.

—Estamos en el parque. Jueves, cinco de la tarde. Te montamos en uno de los caballitos del carrusel, nos paramos a tu lado para sostenerte y mientras tanto conversamos. Una charla asombrosamente serena, diría yo; nada que ver con las violentas discusiones por las que acabábamos de pasar durante la separación. Ramón me pregunta si estoy segura de que separarnos es realmente lo que quiero. Unos días antes me lo hubiera dicho a gritos, pero ahora me formula la pregunta en tono neutral, como un notario que averigua un dato. Yo le respondo que sí, que estoy segura, que la separación ya es un hecho y que no vale la pena reabrir la discusión. Él dice que no quiere discutir nada, sólo necesita confirmar que la cosa no tiene vuelta atrás. No, le digo yo. La cosa no tiene vuelta atrás. Él no insiste y cambia de tema, me dice que el fin de semana te va a llevar de paseo a una finca. Va a recogerte temprano a la mañana siguiente, viernes, y te va a devolver el domingo antes de las siete de la noche. Es una finca por los lados de Villa de Leyva, y tu padre me dice que debo mandarte bien abrigado porque hará frío.

—¿No le preguntas de quién es la finca, o dónde queda exactamente? ¿No le pides el teléfono del lugar donde va a llevarme?

—No. No quiero que piense que me inmiscuyo en su nueva vida. Él es un excelente padre, te adora y te cuida y en ese momento me parece lo más natural que quiera estar solo contigo unos días. Pienso, además, que si ya anda organizando paseos, debe ser porque está más tranquilo con la idea de la separación. Cada uno te agarra de una mano, y mientras anochece caminamos los tres por los senderos del parque. En un momento dado tú te caes, te raspas una rodilla y lloras un poco, no mucho; no ha sido gran cosa. Lo raro es que Ramón y yo conversamos agradablemente, de nada especial. Por primera vez, desde que empezaron las garroteras de la separación, volvemos a pasar un buen rato juntos. Me da la sensación de que podremos llegar a ser una pareja separada que comparte un hijo en buenos términos, y eso me alegra.

—Bueno. Y ahora sí, al episodio oscuro —dice Mateo.

—El viernes te despierto temprano, te baño, te visto y le pido a la abuela que te dé el desayuno...

—Me habías dicho que tú me diste el desayuno.

—No, te lo da la abuela mientras yo organizo el maletín para tu fin de semana en tierra fría. Meto un par de overoles de pana, un suéter...

—Un pulóver.

—Un pulóver, medias y camisetas, tu pijama de ositos, que es la más abrigada, tu impermeable y tus botas para la lluvia. A las siete y media Ramón timbra y yo le entrego al niño, o sea a ti, junto con el maletín. Tú vas contento; te gusta estar con tu padre y te alegras de verlo. Le doy también una bolsa con un ChocoQuick, unas

manzanas, una lata de leche en polvo, una caja de Rice Krispies y un par de juguetes tuyos.

—¿Recuerdas qué juguetes?

—Recuerdo cada detalle con una nitidez aterradora. Entre la bolsa meto un payasito verde que te hemos regalado en Navidad y unos cordones largos de lana que te encanta arrastrar por el suelo. Dices que son *las cuberas* y no dejas que te las quitemos ni para lavarlas. *Las cuberas*, al principio no entendíamos qué querías decir con eso ni por qué las arrastrabas, hasta que caímos en cuenta: *las cuberas* eran *las culebras*. Entre esa bolsa meto también un frasquito de desinfectante para que Ramón te eche en la raspadura que te has hecho en el parque. Ese frasquito se lo doy a último momento, cuando ya él ha salido del apartamento, ha tomado el ascensor y va atravesando el hall de entrada hacia la calle. Yo le grito que espere y corro en bata y descalza hasta donde están ustedes, le entrego el frasquito y aprovecho para darte el último beso. Tú haces el ademán de echarme a mis brazos pero tu padre te retiene. Yo te digo que vas a estar muy contento, y tú preguntas si habrá vacas. Quieres decir caballos; les dices vacas a los caballos. Ramón te responde que sí, que habrá vacas y que podrás montar en ellas.

—Vacas, caballos, cuberas. Ahora pasemos a ese día por la noche —pide Mateo.

—Yo trabajo en la sección de política nacional de *La Crónica*, un semanario nuevo que ha tomado mucha fuerza. Los viernes por la noche es cierre de edición y la redacción se convierte en un hervidero de gente. Allá van a parar ministros, abogados, dirigentes de las distintas tendencias, amigos de la casa: todo el que tiene una noticia fresca, o quiere participar en la discusión sobre las que serán publicadas, se deja caer por allí y engancha

en la tertulia, y de esa olla de grillos van saliendo los artículos de última hora.

—No me hables del periodismo, madre.

—Bueno, pero no me digas madre.

—Pero si eres mi madre.

—Sí, pero lo dices con tonito. Ya, no peleemos.

Volvamos a la redacción en *La Crónica*. Hacia la una y media de la mañana le ponemos punto final a la edición, y son más de las dos cuando regreso a casa de mi madre. Ella me escucha entrar, se levanta, me calienta una sopa de verduras y me acompaña mientras me la tomo en la cocina. Cuando nos damos las buenas noches, me dice que ha llegado un sobre para mí y que me lo ha dejado en la mesita de luz. Ella se va para su cuarto, yo me preparo una taza de té y subo al cuarto de huéspedes, que tiene dos camas, la tuya, que está vacía, y la mía. Lo que quiero en ese preciso momento es pegarme un baño largo y con agua bien caliente antes de acostarme, para aplacar el frenesí que me contagia cada cierre de revista. Todos los días tú me despiertas antes de las seis, y este fin de semana podré dormir un poco más.

—¿Abres el sobre que te han dejado?

—No, ni siquiera lo veo, porque al entrar no enciendo las luces del cuarto. Como me duele la espalda me tiro sobre la cama, así vestida, a oscuras, pensando que en unos minutos me levanto y me baño. Pero me quedo dormida. Unas horas más tarde me despierta el frío. A la luz del amanecer puedo ver el reloj: van a dar las seis. Me desvisto, me pongo el camisón y como tengo sed busco la taza de té, que ha quedado por la mitad sobre la mesita de noche. Ahí es cuando veo el sobre. Lo hubiera ignorado si no me llama la atención una cosa: está escrito en letra de tu padre. Dice *favor*

entregar a Lorenza. ¿Por qué una nota de Ramón? Me extraña un poco, aunque no demasiado; digamos que lo abro desprevenidamente. No es una nota, es una carta manuscrita, larga, de varios pliegos, y eso sí me desconcierta. La letra de tu padre, que es pequeña y abigarrada, me obliga a buscar las gafas entre el bolso. Me las pongo y leo.

—¿Qué dice la nota.

—No es una nota, es una carta. ¿Qué dice? Pues dice *me voy para siempre y me llevo al niño, no vas a volver a vernos.*

—¿Así no más?

—Con muchas explicaciones. Páginas y páginas de explicaciones, de justificaciones, de inculpaciones. En un renglón pedía perdón por lo que iba a hacer y en el siguiente me echaba la culpa de todo.

—Dime qué decía la carta, yo necesito saber qué explicaciones daba mi padre.

—En ese momento no puedo leer más; apenas me doy cuenta de que me han quitado a mi hijo, me rompo por dentro.

—Pero después la leíste toda.

—No, nunca la leí completa, no me interesaban sus razones. Sólo esa frase brutal, *me voy y me llevo al niño, para siempre.* Por un instante vi todo negro y tuve que sostenerme para no irme al piso. Luego empecé a dar aullidos. Aullidos salvajes de loba a la que le han arrebatado a su cría.

—La abuela dice que eran unos aullidos como de la noche de los tiempos. Dice que la despertaron tus aullidos, y que pensó que te estaban matando.

—Era peor que eso.

—Y luego.

—No recuerdo.

—No recuerdas, o no quieres recordar. Esa madrugada, qué haces.

—Aullar. Agonizar. Morirme. Tu padre es un experto en moverse clandestinamente, en falsificar pasaportes, firmas, pasajes. Está acostumbrado a cambiar una y otra vez de identidad. Esconderse y desaparecer, ésa es la especialidad de tu padre. Y acaba de desaparecer contigo.

* * *